



OTOÑO

*...La poesía es como el viento,
o como el fuego,
o como el mar.
Hace vibrar árboles, ropas,
abrasa espigas,
hojas secas,
acuna en su oleaje
los objetos que duermen en la playa...*

José Hierro

Libro de las alucinaciones



Segunda habitación: el otoño

*Colgué en las paredes del zaguán todos mis sueños de niña-joven.
Desparramé también los encantos que poseo, y los pinté de otoño,
del vestuario de las hojas: naranja, marrón, rojo intenso y de todos los colores y tonalidades de amarillo. Quien entra a esta habitación siente la brisa otoñal colarse por debajo del gran portón: brisa que remueve todo en un torbellino sin fin. Es como si un viento suave levantara todas estas memorias, trocitos de mi vida que descansan entre suspiros, dejando que cubran toda, todita mi habitación.*

Cuando pude «limpiar» por fin este jardín interior de tantos recuerdos, me di cuenta de que, como estas hojas frágiles y secas que siguen la cadencia perpetua del universo, el otoño, intachable, seguiría a su vez ese ritmo: desvistiendo, desnudando mi ser a cada paso. Y como las hojas de mi patio al caer la tarde, se irían volando lejos: mis sueños; ya cansados, ya viejos...



El apóstol



Me cuentan que los primeros otoños que pasé en Guatemala fueron muy felices para mis padres y para mí. Algunos fines de semana me llevaban al puerto San José, porque a los dos les gustaba muchísimo el mar. Recuerdo la arena negra, el agua fría. Después regresábamos cantando y tomándonos el agüita de los cocos tiernos que vendían por el camino. Pero, algunas veces asaltan mi memoria otras imágenes muy diferentes. Estoy en el centro de la ciudad caminando de la mano de mis padres. Alguien grita: «¡Corran!». Hombres con metralletas vestidos de verde nos apuntan desde sus *jeeps*; un panadero con uñas mugrientas se nos cruza por delante y todos los panes se le caen del canasto. Varios niños de la calle, que andan limpiando espejos retrovisores en medio del tráfico loco, se olvidan de sus clientes para robarse un pan dulce que ha rodado cerca de donde están chambeando. Mis padres y yo nos escondemos en un callejón. Veo unas cabras raquíticas en medio de harta basura y periódicos arrugados que se vuelan en un remolino de polvo. La tarde oscurece. Todo se oscurece y mi mundo se desvanece... ¿Adónde se metieron mis padres? Estoy solita en ese callejón inmun-

do. Siento miedo. Mucho miedo. Miedo a la soledad plena... Estas imágenes me persiguen muchas noches, como si existieran en una pesadilla recurrente. Pero pienso que son más bien parte de un pasado que apenas recuerdo y que, como flechazos esporádicos, acosan la tranquilidad de mis sueños.

No fue hasta el tercer otoño cuando mi abuelo, el Dr. Echeverría, que era diabético, murió una tarde que decidió endulzar demasiado su cuerpo. Él solo hizo lo que hacía cada primer viernes del mes: con su trago de güisqui en la mano le pidió a su ama de llaves, la misma señora de siempre que crió a mi padre, que llamara a la ambulancia del Centro Médico para que viniera a recogerlo, porque pensaba darse su gustazo mensual y había que atenerse a las consecuencias. Después de tomarse su trago de licor, por supuesto, se le subía el azúcar y, ya en el hospital, se encargaban de estabilizarlo. Pero ese viernes fue diferente: ni la buena mujer ni mi abuelo contaban con el inconveniente de que la fiel ambulancia, por un atoramiento de tránsito en la avenida La Reforma, no llegara a tiempo a la zona 14 donde vivía la familia Echeverría. Y así fue como mi abuelo entró en un coma diabético irreversible, y murió ese mismo viernes de otoño cuando yo acababa de cumplir tres años. Mi padre y mi madre lloraron amargamente la muerte de este gran señor y generoso doctor, y hasta llevaron el cuerpo del difunto a Chile, para enterrarlo al lado de su amada Valentina en el mausoleo de la familia Echeverría.

Luego siguieron varias mudanzas repentinas. Mi padre estaba muy involucrado en su carrera como periodista y no soportaba las injusticias del gobierno de ese entonces. Escribía

con mucha pasión. Relataba, con lujo de detalles, verdades y sucesos que los mandatarios de «arriba» querían mantener en secreto, para que el pueblo no se enterara de la corrupción que existía a todo nivel. Por un tiempo, el seudónimo de «El apóstol» le dio resultado para poder escribir lo que realmente le dictaba el corazón, sin problema de que lo descubriesen. Y todo estuvo relativamente bien hasta que algún envidioso del diario seguramente lo delató, entonces los problemas se le agravaron a la joven pareja. Tuvieron que vivir huyendo de los soplones y de la policía militar, ya que consideraban a mi padre como un verdadero revolucionario que no acataba las restricciones intelectuales de sus gobernantes. Pero los que conocían a mi padre sabían que no era ni fue nunca un revolucionario. Su única misión, como periodista, fue la de informar. Lamentablemente, esta misión le costó la vida.

A mis padres les tocó vivir realmente como gitanos; no pasaban más de dos noches en un mismo lugar. Felizmente, tenían una red de valientes amigos que los hospedaban clandestinamente en sus hogares. Ya mi madre se había hecho a la idea de que, mientras estuviera casada con Nicolás, no regaría jamás las flores de su propio jardín y tampoco vería nunca un árbol crecer. Andábamos con una sola maleta donde llevábamos todas nuestras pertenencias. En una mochilita yo misma cargaba mis juguetes y, por último, llevábamos otro maletín que era el importante, con la computadora de mi padre, sus libretas y papeles de trabajo. Además, mi madre siempre acarreaba una pequeña maceta. Tenía una plantita que era más bien los inicios de un arbolito de albaricoque; como el arbolito aún estaba chi-

quito, podía cargar con él y llevárselo a los diferentes escondites. Este arbolito, ridículo para quien lo viera, era lo único que le proporcionaba un poquito de estabilidad emocional a mi madre, porque le mantenía viva la esperanza de que vendrían tiempos mejores. Lo malo fue que un día el arbolito empezó a marchitarse y, de buenas a primeras, se le cayeron todas las hojas; como si el otoño, en pleno, se estuviese cobrando su furor contra él. Mi madre no le prestó mayor importancia al asunto, ya que pensó que su árbol solo seguía el ritmo de la estación. Pero es que las hojas nunca cambiaron realmente de color, y pasó todo tan de repente... Como de repente ocurrieron los acontecimientos de esa noche del último otoño que viví en Guatemala.



Cuentan que le hicieron una tremenda emboscada a mi padre. Cerraron la vía que llegaba a la ciudad de Antigua con unos camiones blindados y, cuando mi padre pasó en su pequeño *pick-up* por la carretera aquella, lo tomaron como rehén.

Después de venderle los ojos, pegarle y amarrarlo, se lo llevaron en una camioneta del ejército, dejando el carro de mi padre abandonado a un costado del camino. Hubo testigos que lo presenciaron todo. Nicolás viajaba a Antigua para reunirse con un corresponsal del diario *El País* de España que, por lo visto, lo esperó eternamente, porque mi padre nunca llegó a la dichosa cita con su colega. Mi madre no se enteró de lo ocurrido hasta dos días después, cuando apareció el cuerpo de su joven esposo en el fondo de un barranco en esa carretera. Lo más raro del asunto fue que, a los pocos días de este fatal incidente, mi madre recibió una «conmovida» carta de pésame del más alto funcionario del gobierno, lamentándose por el terrible «accidente» de El apóstol Nicolás.

El espíritu de sobrevivencia de mi madre pudo más que la parálisis que sintió por la tragedia que le estaba tocando vivir. Esa misma tarde, le encargó a una amiga que se hiciera cargo de cerrar su antiguo apartamento donde, desde hacía meses, no se había reportado; y que llevara sus pocas pertenencias a casa del difunto Dr. Echeverría, ya que aún se encontraba ahí su fiel ama de llaves. Después mandaría por ellas, en su debido momento y, también más adelante, se ocuparía de terminar el complicado papeleo relacionado con la herencia y las propiedades que les dejara su difunto suegro.

Nunca me enteré de los pormenores del velorio ni del entierro de mi padre. Tal vez mi madre quiso ahorrarme el dolor, incluso años después cuando yo ya no estaba tan pequeña. Todavía, algunas veces me sorprende el recuerdo de una niña chiquita besando un ataúd. Pero ni siquiera sé si soy yo... Lo

que sí sé es que, gracias al buen tino de mi madre, estoy aquí contándoles la historia de este acontecimiento tan macabro, que le dio un giro total a mi existencia y a la de mi pobre mamá. Así fue como, al final de esa terrible semana, partimos hacia los Estados Unidos para reunirnos con mi abuela y Xochitl.

Mi mamá y yo viajamos con un equipaje muy ligero; llevábamos dos maletas: una con nuestra ropa, otra con recuerdos y boberías. Gracias a la segunda maleta, llevo ahora puestos los famosos aretes de guairuros, que primero fueron de mi abuela y luego de mi madre. El collar que hacía juego tuvo otro destino. Pero bueno, también empacamos una caja con algunos de mis libros favoritos y, hasta abajo, los apuntes importantes de mi padre. Mi madre no quería que estos datos cayeran en manos de las personas equivocadas, y es que, estando en el extranjero, ella podría mandarle todos esos documentos al corresponsal español que nunca pudo entrevistarse con mi padre. Así ayudaría, con un pequeñísimo granito de arena, en la última misión inconclusa de su querido Nicolás. Aunque suene a fantasía, resulta ser que ese «granito» insignificante con el que mi madre contribuyera, se convirtió más bien en muchísimas toneladas de arena, que pareciera hubiesen sido extraídas del mismito desierto de Atacama. Porque, a los pocos días de haber mandado «el sobre» con los datos al tal colega español que, dicho sea de paso, tenía varios conocidos en el Servicio de Inteligencia británico y norteamericano, hubo un golpe de estado, y derrocaron al funcionario que le mandara a mi madre la carta de pésame. Cosas inexplicables que suceden tan a menudo en nuestros países...